



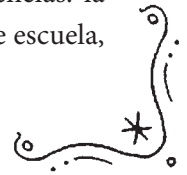
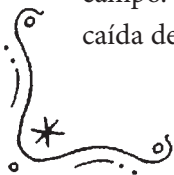
3

LA GRAN HISTORIA DE AMOR ENTRE

Percy y yo no es ni grandiosa ni una verdadera historia de amor, y es trágica solo por su unilateralidad. Tampoco es una roca monolítica que me haya fastidiado desde la infancia, como podría esperarse. Más bien es simplemente la historia de cómo dos personas pueden considerarse mutuamente importantes durante toda la vida y luego, una mañana, sin siquiera quererlo, una de ellas se despierta y descubre que esa importancia se ha magnificado en un deseo repentino e intenso de colocar su lengua dentro de la boca de la otra.

Un deslizarse largo y lento, y después un impacto repentino.

Aunque la historia de Percy y la mía (el recuento sin amor ni tragedia) es eterna. Desde que tengo memoria, Percy ha estado en mi vida. Anduvimos a caballo, fuimos de cacería, tomamos sol y nos rebelamos juntos desde que apenas teníamos edad para caminar; nos peleamos, nos reconciamos y corrimos desenfrenadamente por el campo. Hemos compartido todas nuestras primeras experiencias: la caída del primer diente, el primer hueso roto, el primer día de escuela,



la primera vez que nos atrajo una muchacha (aunque yo siempre he sido más abierto y más apasionado en mis enamoramientos que Percy). La primera borrachera, cuando estábamos leyendo en la casa del párroco en misa de Pascua y yo me excedí con el vino picado antes de la ceremonia. Estábamos lo suficientemente sobrios para creer que estábamos siendo sutiles y lo suficientemente entonados para ser tan sutiles como una sinfonía.

Incluso mi primer beso, aunque lamentablemente no fue con Percy, lo involucraba a él de un modo indirecto. Había besado a Richard Peele en la fiesta de Navidad de mi padre el año en que cumplí trece y, aunque estaba seguro de que fue un buen beso (en lo que concierne a los primeros), él se arrepintió y les fue con el cuento a sus padres, a los otros muchachos de Cheshire y a cualquiera que quisiera oír que yo era un perverso y que lo había obligado. Pero era mentira, yo nunca he obligado a nadie a estar conmigo (también me gustaría aclarar que después de esa velada, cada vez que Richard Peele y yo nos acostamos, siempre ha sido porque él así lo ha querido. Yo solo soy una persona bien dispuesta). Mi padre me obligó a pedirles disculpas a los Peele mientras él les daba el discurso de que *muchos muchachos hacen tonterías con otros a esa edad* (discurso que él ha utilizado demasiado a lo largo de los años, aunque la parte que refiere *a la edad* se está volviendo cada vez menos pertinente) y después cuando se marcharon, me golpeó de tal manera que se me nubló la visión.

La cuestión es que anduve durante semanas con un magullón feo y el rostro manchado por la vergüenza, y todos me miraban con disimulo y hacían comentarios odiosos al alcance de mi oído, y yo comencé a estar seguro de que había puesto a todos mis amigos en mi contra debido a algo que no podía evitar. Pero la siguiente vez que los muchachos jugaron al billar en el centro, Percy golpeó a Richard en la cara con su

taco de billar tan fuerte que perdió un diente. Percy se disculpó como si hubiera sido un accidente, pero era una venganza transparente y justa. Percy me había vengado cuando nadie siquiera me miraba a los ojos.

La verdad es que él siempre ha sido importante para mí, desde mucho antes de que me enamorara tan perdidamente de él que necesitaría un mapa. Solo en los últimos tiempos ocurre que pierdo el habla cuando su rodilla roza la mía por accidente bajo la mesa angosta de un pub. El más leve cambio en la gravedad entre nosotros y de pronto todas mis estrellas se desalinean, los planetas salen de sus órbitas y yo quedo perdido, sin mapa ni dirección, en el territorio desconcertante que es estar enamorado de tu mejor amigo.

Si toda Inglaterra estuviera hundiéndose en el mar y yo tuviera el único bote con un asiento disponible para una sola persona más, salvaría a Percy. Y si él ya se hubiera ahogado, es probable que no salvara a nadie más. Quizás tampoco tendría sentido que yo continuara viviendo. Aunque tal vez me mantendría vivo porque es probable que la marea me lleve a Francia y por lo que recuerdo del verano que mi familia pasó allí cuando Felicity y yo éramos pequeños, hay mujeres hermosas en Francia. También hay algunos hombres apuestos, muchos de ellos visten pantalones muy ajustados, aunque ese verano, a los once años, no tenía claro cuál era mi postura al respecto.

Mientras navegamos a través del Canal hacia Calais, estoy pensando en esto: Percy y yo, e Inglaterra hundiéndose en el mar a nuestras espaldas, y también muchachos franceses con sus pantalones ajustados y, rayos, no puedo esperar a llegar a París. También estoy apenas un poco ebrio. Tomé una botella de ginebra del bar antes de partir de Dover, y Percy y yo hemos estado pasándonosla durante la última hora. Todavía le quedan algunos tragos.

No he visto a Felicity desde que abordamos el paquebote, y tampoco

he visto demasiado a Lockwood; ha estado la mayor parte del tiempo que esperamos en Dover, mientras pasaba la tormenta, preocupándose por el equipaje, la aduana y la correspondencia. Después, cuando el barco partió del puerto, nuestro guía se ocupó de vomitar por la borda del navío y nosotros nos ocupamos de evitarlo a él, y esas dos actividades son perfectamente compatibles.

Más allá de la proa, el agua y el cielo son del mismo gris fantasmal, pero a través de la niebla puedo distinguir las primeras señales de un puerto haciéndonos un guiño; una cadena de luces doradas decora la costa invisible como una cadena de oro. Las olas son violentas y, lado a lado, con nuestros codos apoyados sobre la barandilla, Percy y yo no dejamos de chocar nuestros hombros. Cuando el mar nos golpea con más fuerza y él trastabilla, aprovecho la oportunidad para sujetarlo de la mano y enderezarlo de nuevo. Me he convertido en un verdadero erudito en idear estratagemas aparentemente inocentes para que su piel roce la mía.

Es la primera vez que estamos propiamente solos y juntos desde Cheshire, y he pasado todo el tiempo poniéndolo al día de las limitaciones tiránicas que nos impusieron Lockwood y mi padre. Percy escucha con los puños juntos sobre la barandilla y su mentón apoyado sobre ellos. Cuando termino de hablar, me entrega sin decir ni una palabra la botella de ginebra. La acepto con la intención de drenarla, solo para descubrir que él me ha ganado de mano.

–Bastardo –él ríe y yo lanzo la botella al agua gris, donde se balancea por un momento antes de que la proa del barco la engulla–. ¿Cómo es posible que hayamos dado con el único guía disponible que se opone por completo al verdadero propósito del Gran Tour?

–Que es... Recuérdame.

–Licor fuerte y mujeres promiscuas.

–Diría que suena más a que será vino rebajado con la cena y atenderse a uno mismo en la habitación después.

–Eso no es nada vergonzoso. Si el Buen Señor no quisiera que los hombres jugaran con ellos mismos, tendríamos ganchos en lugar de manos. Aun así, preferiría no ser mi propia compañía desde ahora hasta septiembre. Dios, esto será un desastre –lo miro, esperando alguna clase de desesperación que sea al menos de un nivel comparable con la mía (creía que todos estábamos de acuerdo en que este año era para que Percy y yo hiciéramos lo que nos placiera antes de que él se marche a la escuela y yo llene mis bolsillos de piedras y me lance al océano), pero, en cambio, él se ve fastidiosamente satisfecho–. Espera, ¿te interesa toda esta mierda cultural?

–No me... *no* me interesa –y después sonrío de un modo que creo que se supone que es de arrepentimiento, pero en cambio se ve muy, *muy* interesado.

–No, no, no, ¡tienes que apoyarme en esto! ¡Lockwood es la tiranía, la opresión y todo eso! No te dejes seducir por sus promesas de poesía y sinfonías y... Dios Santo, ¡estaré sometido a la *música* durante todo nuestro tour?

–Por supuesto que sí. Y lo único que odiarás más que escuchar la música seleccionada por Lockwood será escucharme a mí hablar de dicha música. A veces, conversaré con Lockwood *sobre* música y tú lo *detestarás*. Tendrás que oírme a mí y a Lockwood usando palabras como *atonal*, *escala cromática* y *cadenza*.

–*Et tu?*

–Ah, mírate utilizando tu vocabulario en latín. Eton no fue un total desperdicio.

–Eso fue Latín e Historia, así que ahí lo tienes; soy muy culto –volteo mi rostro hacia él, o mejor dicho, alzo la vista hacia él. Percy es más alto

que la mayoría, y yo estoy liberado de la altura excesiva, así que, a pesar de que juro que hubo un tiempo en el que éramos del mismo alto, eso es historia antigua; él tiene la ventaja aérea sobre mí estos días. La mayoría de los hombres la tienen, y algunas damas también; Felicity es casi tan alta como yo, lo que es vergonzoso.

Percy pone en su lugar una parte del cuello de mi camisa que el viento ha desacomodado y sus dedos, por un segundo, rozan la piel expuesta de mi garganta.

–¿Cómo pensabas que sería este año? ¿Salones de juego y burdeles todo el tiempo? Sabes, te cansarás de eso. Fornicar con extraños en callejones que apestan a orina pierde su encanto con el tiempo.

–Supongo que pensé que seríamos tú y yo.

–¿Fornicando en callejones?

–No, idiota, pero... nosotros dos. Haciendo lo que quisiéramos... –equilibrar mi habla sin traicionar mi corazón está comenzando a sentirse como una danza complicada–. *Juntos*.

–Aún será así.

–Sí, pero, es decir, es el último año antes de que te vayas a la escuela de leyes y yo comience a trabajar con mi padre y ya no nos veremos tanto.

–Sí. La escuela de leyes.

Percy voltea su rostro de nuevo hacia la costa, una brisa de dedos delgados se alza desde el agua y suelta un par de mechones de la cinta negra que amarra su coleta. Ha hablado durante meses acerca de cortarse el cabello muy corto para que sea más fácil meterlo debajo de una peluca, pero le he dejado en claro que lo asesinaré si lo hace, ya que adoro la mata de cabello rebelde que posee.

Presiono mi rostro contra su hombro para obligarlo a prestarme atención de nuevo y suelto un gemido teatral.

–Pero el maldito Lockwood y sus malditas salidas culturales han arruinado mis planes.

Percy retuerce un mechón de mi cabello entre sus dedos, con una sonrisa suave jugueteando en sus labios. Mi corazón se acelera de nuevo, tan rápido que tengo que recobrar el aliento. Es injusto que casi siempre pueda notar cuando alguien me mira sugestivamente, excepto cuando se trata de Percy, dado que nosotros siempre nos hemos comportado así. Ahora es imposible, después de tanto tiempo, pedirle que no me toque sin admitir la razón. No puedo terminar una conversación con un casual *ah, por cierto, ¿podrías quizás no tocarme del modo que siempre lo has hecho porque cada vez que me rozas clavas astillas nuevas en mi corazón?* Particularmente cuando lo que en realidad quiero decir es: *ah, por cierto, ¿podrías por favor continuar tocándome, y quizás hacerlo todo el tiempo y mientras tanto, podrías quitarte toda la ropa y meterte en la cama?* Son prácticamente lo mismo.

Jala de mi cabello.

–Tengo una idea para sobrevivir al año. Fingiremos ser piratas...

–Ah, me encanta esto.

–... que asaltan alguna clase de fortaleza en la ciudad. Saqueándola en busca de oro. Como solíamos hacer.

–Recuérdame tu nombre pirata.

–Capitán Dos Dientes, el Terrible.

–*Dos Dientes, el Terrible*. Amenazante.

–Tenía seis años, solo poseía dos dientes en ese entonces. Y es *capitán*. *Capitán Dos Dientes, el Terrible*.

–Perdóneme, capitán.

–Eres tan insubordinado. Debería hacer que te encierren en la mazmorra.

Mientras el barco avanza en dirección a Francia, conversamos un

rato y después nos callamos y luego repetimos la secuencia y me acuerdo de lo deliciosamente fácil que es la amistad con Percy: partes iguales de silencios cómodos y de que nunca nos falten cosas que decirnos.

O, mejor dicho, era fácil, hasta que yo la arruiné por perder mi maldita cordura cada vez que él inclina la cabeza hacia un lado cuando sonrío.

Aún estamos allí, siendo el centro de atención en la proa, cuando los marineros comienzan a correr por cubierta y, en lo alto sobre nosotros, la campana repiquetea una nota grave y sombría *in continuum*. Los pasajeros emergen de la parte inferior y se amontonan en la borda como polillas atraídas por el resplandor del oro engañoso de la costa que se aproxima.

Percy apoya su mentón sobre mi cabeza y coloca las manos en mis hombros mientras volteamos para observar la orilla.

–¿Sabías...? –dice.

–Ah, ¡jugaremos al *sabías qué?*

–¿Sabías que este año no será un desastre?

–No lo creo.

–No será un desastre –repite sobre mi cabeza–, porque somos tú y yo y un año en el Continente, y ni siquiera Lockwood o tu padre pueden arruinarlo completamente. Lo prometo.

Empuja el lateral de mi rostro con su nariz hasta que consiento alzar la vista hacia él y después sonrío de nuevo con la cabeza inclinada y juro por Dios que es tan adorable que me olvido de mi maldito nombre.

–Francia en el horizonte, capitán –digo.

–Prepárese, camarada –responde.